

ENSEÑANZAS ESPECIALES

Sin escuelas de pesca

El Ministro de Instrucción Pública está consagrado a un nobilísimo empeño: el de acabar con el analfabetismo en España.

El Sr. Domingo ha ordenado la creación de 7.000 escuelas y se afana ahora por improvisar otros tantos maestros capacitados para la misión de educar al pueblo y abrir las conciencias jóvenes a la siembra fecunda de la cultura.

Pero el problema de España no consiste en difundir la enseñanza de tipo único y esquemático. Está bien que haya las necesarias escuelas de primeras letras, pero no basta eso. Es preciso atender a la particular dedicación profesional de los individuos, colocados en la vida para vivir del producto de su trabajo.

España anda de espaldas al mar, o sea, vive reñida con su propia naturaleza. Por eso la enseñanza marítima no ha pasado de esbozos esporádicos y casi intrascendentes, que no son otra cosa las llamadas escuelas del litoral patrocinadas por los pósitos y alguna escuela de pesca que funciona sin el control del Estado.

Un Gobierno revolucionario no puede dejar intacto el artificioso estado de cosas que de antiguo se viene creando en España en torno a las actividades del mar, y especialmente rodeando a la industria pesquera. Dejar que la rutina haga ineficaces los esfuerzos más valerosos y que el peligro previsible y evitable siga cerniéndose sobre la inconsciencia de miles de trabajadores, es una política realmente suicida. A ella lleva prácticamente la inhibición del Estado en cuanto a las actividades del mar, que debiera tutelar con celo y con decisión.

Necesitamos escuelas profesionales, de donde puedan salir trabajadores conscientes e inteligentes, dueños de los secretos de la técnica y dueños de su propio criterio. Ni servidores rutinarios de una industria que practican por los conocimientos y métodos que les legaron sus antepasados, ni instrumentos ciegos de determinados manejos, puestos en práctica para mentidas finalidades de mejoramiento.

Por el camino de la preparación y de la cultura, ha de hallar el trabajador del mar su efectiva redención. Por eso esta demanda de la creación de escuelas de pesca debiera alzarse

respaldada en primer término por las organizaciones obreras, que no deben ser exclusivamente de resistencia al desarrollo del capital, sino que deben actuar también para ensanchar el horizonte profesional de los trabajadores.

Al Sr. Domingo, que tiene un sentido vivo y moderno de la enseñanza, quisieramos verle más inclinado hacia las de carácter especial. La obra de crear escuelas primarias debe completarse con las de carácter profesional, y esta vieja demanda de centros adecuados para crear buenos patrones de pesca y marineros ampliamente capacitados en su oficio, es ya hora de que sea atendida.

La gente de mar, absorbida en las heroicas faenas de disputar a las olas el codiciado botín, suele desentenderse de toda apetencia cultural. Por entre la marinería abunda el valor y la reciedumbre, pero también la incultura, el prejuicio, y la superstición.

Hombres que arrastran vidas tan rudas, no son responsables ni aun de su propia lastimosa situación, en lo que a capacitarse profesionalmente se refiere. Es el Estado quien está obligado a abrir sus ojos a la nueva luz, enseñándole los verdaderos caminos de su redención, aquellos que se abren cuando los esfuerzos del trabajador rinden la debida eficacia en provecho personal suyo y en beneficio social de la comunidad.

Si el Sr. Domingo viviese más incorporado a las inquietudes del litoral, en sus planes de enseñanza no se señalaría el vacío que apuntamos.

Tenemos, sin embargo, la esperanza de que no se trata de una omisión irremediable. Cuando la petición se renueve oficialmente es muy posible que el criterio ministerial se muestre propicio a ella.

Alguna vez ha de hacerse justicia para todos, y la industria pesquera ya lleva muchos años demandándola en vano de gobernantes poco comprensivos.

